



asuntos
públicos
— .cl



Centro de estudios del desarrollo

f /CentrodeEstudiosdelDesarrollo

@ced.cl

@ced_cl

Informe N°1495

Política

30/11/2025

El Sistema de Atomización Polarizado (SAP): Una nueva categoría para comprender el sistema de partidos chileno¹

Eduardo Saffirio Suárez²

Novedades

30/11/2025

Política

El Sistema de Atomización Polarizado (SAP): Una nueva categoría para comprender el sistema de partidos chileno

10/11/2025

Política

Ineficacia de la democracia y nuevos populismos

30/10/2025

Política Sectorial

Planes regionales y locales de cambio climático: desafíos y oportunidades de la gestión local en Chile

24/10/2025

Política

La democracia, y el rol que juegan en ella las instituciones, la confianza y la desigualdad

30/09/2025

Política

Regulación de las Fake News en la Era Digital: Políticas públicas en Europa y América Latina

09/09/2025

Política

La desigualdad de género en la política: impacto sobre el sistema democrático y posibles medidas para su abordaje

Acerca de

Este informe ha sido revisado por el Consejo Editorial de Asuntos Públicos. El contenido no representa necesariamente la opinión del Centro de Estudios del Desarrollo, CED.

©2025 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Introducción

Existe un punto de inflexión en el que un sistema político puede cruzar la frontera entre la pluralidad representativa y el caos disfuncional. Chile parece haberlo atravesado en noviembre de 2021, cuando las elecciones parlamentarias generaron una Cámara de Diputados compuesta por 16 partidos representados, de los cuales solo tres contaban con apoyo de dos dígitos, y el más grande obtuvo apenas el 11% de los sufragios. Las elecciones de noviembre de 2025 confirman el tránsito crítico: el país registra ahora un índice de fragmentación de 9,79 según Laakso-Taagepera —uno de los más altos del mundo democrático—, mientras que la volatilidad agregada descendió del 37,4% al 26,13% según el índice Pedersen. Con ello se está completando el tránsito de un decenio desde un sistema de partidos de pluralismo extendido —fragmentado pero despolarizado, siguiendo la tipología de Wolinetz (2006, p. 60)— hacia algo cualitativamente distinto: un Sistema de Atomización Polarizado (SAP).

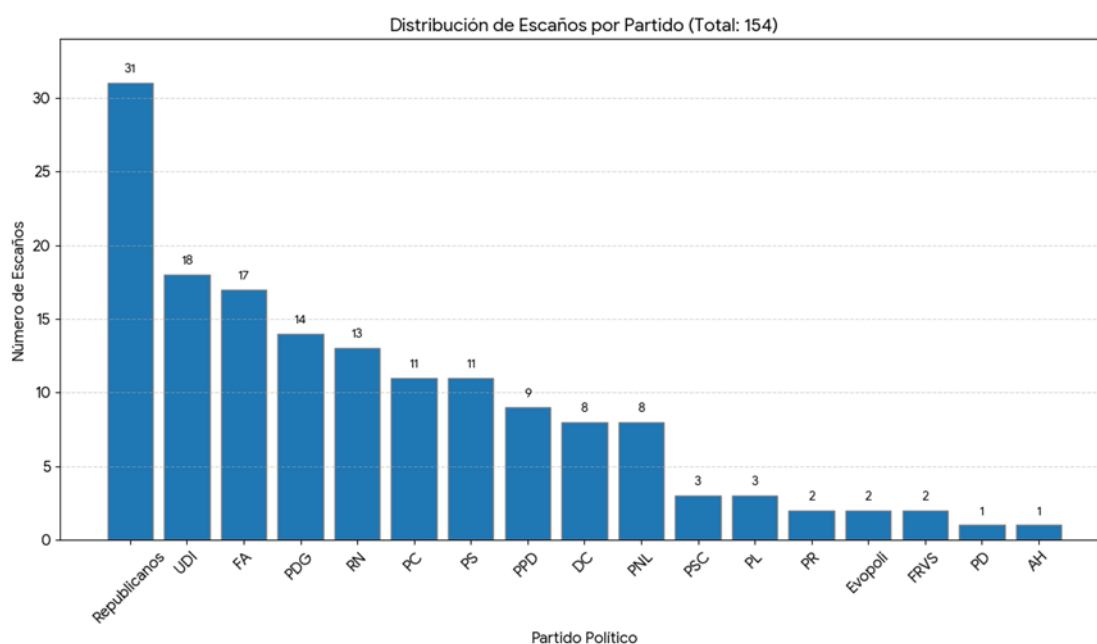
El análisis del impacto de la última elección revela un fenómeno que, a primera vista, parece contradictorio. Por un lado, el país muestra señales incipientes de estabilización estructural: trece partidos deberán disolverse por no cumplir el umbral legal. En el papel, estas cifras podrían interpretarse como un avance hacia un sistema menos fragmentado, más predecible y eventualmente más ordenado. Sin embargo, ese incipiente reordenamiento convive con una tendencia política que empuja en sentido contrario: las fuerzas situadas en los extremos del espectro ideológico eligieron más de 70 diputados, casi la mitad de la Cámara. Lo que emerge, entonces, no es un sistema que refuerza su centralidad democrática, sino uno que se reorganiza hacia los polos. La democracia chilena está transitando desde un sistema altamente fragmentado y volátil hacia otro con menos partidos relevantes y mayor estabilidad electoral, pero con un creciente nivel de polarización estructural.

¹ Este texto se basa parcialmente en una exposición realizada por el autor en un seminario internacional sobre sistemas de partidos y democracia, organizado en octubre de 2025 por la Universidad Miguel de Cervantes. Como es obvio, lo expresado en el texto no compromete a dicha institución.

² Abogado. Cientista Político.

No se trata simplemente de un "exceso de partidos". Es un fenómeno más complejo y paradójico: un sistema con alto número de partidos relevantes donde la polarización ideológica se intensifica al mismo tiempo que se desintegra la capacidad de formar bloques coherentes. Esta doble tendencia define el SAP: disminuye la fragmentación, pero sin traducirse en mayor moderación. Por el contrario, se amplía la distancia ideológica entre los actores. La oferta partidaria reduce el número de competidores significativos, pero incrementa la radicalización relativa de las fuerzas más votadas. El resultado no es una concentración en torno al centro, sino una recomposición en los polos.

Figura N° 1
[Distribución electoral por partidos]



Fuente: elaboración propia sobre información oficial SERVEL.

Las cifras electorales refuerzan esta interpretación. Solo dos partidos superan el 10% de los votos y apenas ocho alcanzan el 5%, lo que evidencia que no existe una verdadera agregación orgánica del sistema. Aunque hay menos actores, la distribución del apoyo permanece dispersa y, lo que resulta más relevante, parte importante del peso efectivo continúa desplazándose hacia los extremos, no hacia el centro del espacio político. La figura 1 ilustra esta distribución.

En este nuevo escenario, las fuerzas de ambos extremos —la izquierda radical y la derecha extrema— suman más del 40% de la futura Cámara de Diputados. Esto consolida una tensión estructural inédita: una polarización robusta en términos electorales, pero profundamente desarticulada en términos coalicionales.

Este artículo propone el concepto de Sistema de Atomización Polarizado (SAP) como una nueva categoría analítica para comprender esta configuración emergente. La estructura del trabajo es la siguiente: primero se revisan los fundamentos teóricos desde una lectura dinámica de Sartori; segundo, se caracteriza la

doble centrifugación como rasgo distintivo del SAP; tercero, se analizan las tensiones sobre la gobernabilidad; cuarto, se identifican los tres tipos de polarización presentes en el caso chileno; quinto, se establecen las diferencias fundamentales con el pluralismo polarizado clásico mediante el concepto de desinstitucionalización de segundo orden; sexto, se examinan los factores estructurales que explican la génesis del SAP; séptimo, se explora la aplicabilidad regional del modelo; finalmente, se sintetizan las características distintivas del SAP y se extraen conclusiones sobre sus implicaciones para la democracia chilena y latinoamericana.

Fundamentos teóricos: una lectura dinámica de Sartori

Desde Giovanni Sartori y Giacomo Sani, sabemos que no existe relación lineal alguna entre fragmentación y polarización (2009, p. 418-419). En su obra clásica y en el apéndice con Sani de la edición castellana, Sartori fue explícito en establecer que el problema no es la fragmentación per se, sino la polarización, y que la combinación de fragmentación y polarización constituye el peor de los escenarios posibles (2009, p. 452-453). Ya en 1976 (2009, p. 341), Sartori señalaba en términos teóricos la posibilidad de un bipartidismo polarizado, algo que los ejemplos empíricos confirman abundantemente: Colombia y Venezuela con guerras civiles bajo bipartidismo, Uruguay con tensiones fortísimas durante décadas entre blancos y colorados, Nicaragua donde el bipartidismo se hundió junto con la democracia, Ucrania con bipartidismo y altos niveles de polarización, y el caso paradigmático actual de Estados Unidos con una polarización afectiva brutal. No es cierto que el bipartidismo per se modere.

Sartori también demostró la posibilidad de un pluralismo numéricamente extremo, pero ideológicamente moderado, reiterando que el problema no radica en la fragmentación sino en la polarización (2009, p. 341). La teoría clásica de los sistemas de partidos parece sostener que la polarización tiende a uniformar los polos: cuando aumenta la distancia ideológica, los partidos de cada bloque deberían agruparse para vencer al adversario común. El Chile contemporáneo, sin embargo, desafía esa lógica. La polarización actual no agrega, sino que atomiza.

Entre 1990 y 2010, Chile experimentó algo parecido al "pluralismo extendido" propuesto por Wolinetz (2006, p. 60; Pasquino, 2011, p. 187): una despolarización operada básicamente desde la izquierda. Esta fue facilitada por la caída del Muro de Berlín en 1989 y un Partido Comunista muy disminuido, lo que permitió la configuración exitosa de una Alianza de Centro Izquierda. El resultado fue una fragmentación importante —5 o 6 partidos relevantes— pero con reducción del índice de polarización. Este contraste con los años 60 resulta revelador: en esa década ocurrió lo inverso, se redujo el índice de fragmentación, pero aumentó el índice de polarización y derivó en el quiebre de la democracia. Todos los ejemplos anteriores parecen confirmar las tesis de Sartori.

Desde la alternancia de 2010, Chile ha experimentado una transformación sistémica hacia una configuración que combina alta fragmentación con creciente polarización, pero con características distintivas que la diferencian del pluralismo polarizado clásico. En la actualidad, Chile no solo está reorganizando su número de partidos, sino transformando la lógica de interacción entre ellos: menos fuerzas, pero más incompatibles; menos volatilidad, pero mayor distancia ideológica; mayor claridad en las opciones ideológicas, pero menor espacio para la cooperación.

La doble centrifugación: un rasgo distintivo del SAP

El resultado es una doble centrifugación del sistema, rasgo distintivo del SAP. Por un lado, una centrifugación interbloques, donde la distancia ideológica entre izquierda y derecha se amplía hasta volver muy dificultosa la cooperación transversal. Los bloques, liderados por sus extremos, ya no se reconocen como interlocutores legítimos. Por otro lado, una centrifugación intrabloques, donde cada polo multipartidista se fragmenta en subidentidades que compiten entre sí por la hegemonía de su propio espacio, más allá de los pactos preelectorales y de gobierno.

La izquierda se divide en constelaciones que rivalizan entre sí con la misma intensidad con que se enfrentan a la derecha. El socialismo democrático resiste subordinarse definitivamente a la hegemonía del PC y del Frente Amplio, generando una disputa constante entre Frente Amplio, PC, socialismo democrático y DC. La derecha se subdivide en familias ideológicas que se consideran mutuamente inadmisibles como aliados sinceros. Sectores minoritarios de Chile Vamos buscan resistir la hegemonía de la derecha radical, mientras que la propia derecha de Kast se dividió en otros dos partidos que tienen representación parlamentaria: el Social Cristiano y el Nacional Libertario.

Mientras tanto, el centro político —tradicional amortiguador del sistema chileno— prácticamente ha desaparecido como actor relevante. Su representación parlamentaria existe, pero muy reducida. El PDG tiene mayor probabilidad de actuar bajo lógicas negociadoras como las del peronismo de Pichetto o el Centrão brasileño, que como un partido bisagra moderador orientado hacia políticas públicas basadas en evidencia técnica sólida. Si adoptara esta última orientación, su imagen antiestablishment perdería fuerza ante el electorado antipolítica.

El juego especular entre los extremos crea un campo de fuerza que tiende a reducir al centro y que se potencia a sí mismo. Sin un centro sólido como amortiguador, la interacción ya no es tripolar. La confrontación deviene bipolar e intrapolos, lo que marca una de las diferencias fundamentales con el modelo de pluralismo polarizado de Sartori. Se mantiene el eje simbólico izquierda-derecha, pero sin bloques homogéneos capaces de traducir esa polarización en mayorías gobernantes coherentes. En términos de Wolinetz (2004), el clustering (agrupamiento) intrapolos es bajo y potencialmente inestable. Es como un tablero de ajedrez donde las piezas siguen siendo blancas o negras, pero ninguna acepta moverse coordinadamente con las de su propio color.

¿Por qué ocurre esta atomización y polarización? Porque en un contexto de ira antipolítica y profunda desconfianza ciudadana hacia "la clase política", el capital simbólico más valioso ya no es la capacidad de gobernar, sino la presunta autenticidad y pureza. Los partidos de izquierda compiten por demostrar quién es "más genuinamente progresista". Los de derecha compiten por exhibir quién defiende más valerosamente los valores e intereses tradicionales frente a la izquierda. Esta competencia por una presunta pureza doctrinaria genera una fragmentación permanente: siempre habrá espacio para un nuevo partido desafiante que se presente como "el verdadero representante" del sector, más radical o más auténtico en su oposición al establishment que los existentes. Por último, el afán de novedades electorales resulta imparable en una política que no resuelve los problemas urgentes de la agenda pertinente.

Como se señaló, las fuerzas situadas en los extremos no son marginales, sino que constituyen aproximadamente el 45% de la representación parlamentaria. No se trata simplemente de divergencias propias de una democracia pluralista, sino de fuerzas que tensionan pilares esenciales de la institucionalidad: algunas reivindican políticas de orden autoritario inviables en contextos democráticos, mientras que otras han buscado impulsar cambios refundacionales que desconfían profundamente de la gradualidad. Ambas muestran reticencia a construir consensos amplios, una condición indispensable para no seguir deteriorando la capacidad de respuesta del sistema político. Esto último se sabe desde que Lijphart —desarrollando la tesis de Dahl (1981, p. 278-279 y 281)— escribió el primero de sus tres libros sobre modelos de democracias y consociativismo, cooperación de élites y políticas de consenso mínimo para enfrentar la fragmentación potencialmente polarizada (Lijphart, 1987; 1988; y 2000).

Si se pretende analizar con rigor lo que estamos presenciando, es necesario ser cuidadosos. Para hablar de partidos antisistema como el Partido Nacional Socialista en la Alemania de Weimar o el KPD estalinista, se requiere un nivel de análisis que, al menos, supone cotejar la realidad chilena con lo ocurrido en Weimar. Para esto último puede resultar útil consultar un libro reciente del historiador Volker Ullrich (2025) junto al clásico de Bracher (1973, Tomo I, Capítulo 4). Las derechas y las izquierdas radicales actuales parecerían ser partidos desafiantes, no antisistema (Capoccia, 2002; Zulianello, 2019a y 2019b). Entre los nuevos partidos en los extremos se encuentran el Partido Republicano en la derecha —proyectado con 13,3% como principal fuerza electoral en la elección de diputados de 2025—, junto con el Partido Social Cristiano y el Partido Nacional Libertario, mientras que en la izquierda el Frente Amplio constituye la bancada más numerosa. El PC chileno presenta divisiones y cayó fuertemente en su apoyo electoral reciente.

Tensiones sobre la gobernabilidad

Las consecuencias prácticas de lo anterior pueden ser severas. El Presidente Boric asumió con apenas el 20% de los diputados en su coalición original. Incluso sumando aliados circunstanciales, nunca logró articular una mayoría estable. Cada ley relevante exigió negociaciones caso por caso, ensamblando mayorías ad hoc en casi toda votación importante.

En el escenario proyectado, si José Antonio Kast resultara electo, para obtener mayoría en la Cámara de Diputados tendría que conseguir un arco de apoyo de 7 u 8 partidos, que iría desde Demócratas en el centro hasta la derecha radical del Partido Nacional Libertario. Por su parte, el otro bloque, ni siquiera por sí mismo con 9 partidos, alcanzaría mayoría. Cualquier coalición que busque acuerdos transversales deberá operar bajo incentivos escasos para la cooperación y ante mecanismos formales e informales que facilitan el bloqueo.

Dado que el sistema está fragmentado, resulta necesario articular 8 o 9 partidos, lo que está dificultado estructuralmente. Como además está polarizado, no se producen los tránsitos desde un bloque al otro para armar mayorías. De ahí surgen intentos de articular coaliciones mediante círculos concéntricos de aliados —"anillos gobernantes"— que ni siquiera logran consolidarse bajo una denominación común. Estas características se comparten con el pluralismo polarizado: políticas de la superoferta y demagogia, programas de gobierno sin financiamiento y posturas utópicas frente a la agenda. Lo único que provocan es mayor desconfianza una vez que se muestran incumplibles. La política deja de generar soluciones, crece la

frustración ciudadana y se fortalece el discurso antipolítico, que a su vez potencia candidaturas que prometen ruptura más que acuerdos.

Esta ya no es una democracia difícil pero gobernable —como en el pluralismo polarizado clásico descrito por Sartori y matizado por Von Beyme (1986, p. 355; y 1991, p. 689-690)— donde un centro puede articular mayorías y hacer viable la acción gubernamental. Es una democracia fuertemente impedida de cumplir sus ofertas electorales centrales: un régimen donde gobernar se vuelve casi imposible sin renunciar al conjunto del programa con que se ganó la elección en segunda vuelta. Una Cámara Baja con una proporción significativa de representantes ubicados en los extremos aumenta la probabilidad de que los debates se conviertan en disputas identitarias y performativos vacíos antes que en deliberaciones orientadas a la ejecución de políticas públicas. La parálisis decisoria consiguiente profundiza un círculo vicioso.

Los tres tipos de polarización en el SAP chileno

La polarización en el SAP chileno se manifiesta en tres dimensiones interrelacionadas. La polarización programática e ideológica está documentada en el análisis del profesor Christopher Martínez (2025), que demuestra distancia programática significativa, y en el trabajo de Carlos Bellei (2025), que evidencia distancia ideológica clara entre candidaturas. No se trata simplemente de divergencias propias de una democracia pluralista: algunas fuerzas reivindican políticas de orden autoritario inviables en contextos democráticos, mientras que otras han buscado impulsar cambios refundacionales que desconfían profundamente de la gradualidad. El doble error actual de la mayoría de los analistas —obsesionados con el número de partidos formalmente existentes— consiste en no considerar la polarización como el factor político central que ha obstruido la eficacia decisoria y, al no considerarla, no contemplar la extrapolación dinámica posible si ella mantiene o profundiza la política de la superoferta (Sartori, 2009, p. 182-183). Particularmente preocupante resulta el aumento de la validación del empleo de la violencia para lograr cambios sociales que muestran las encuestas recientes del Centro de Estudios Públicos (CEP, 2022 y 2024).

La polarización afectiva aún no ha alcanzado el nivel del "nosotros contra ellos" de republicanos y demócratas en Estados Unidos, pero el riesgo de que una segunda vuelta complicada introduzca al país en la dialéctica "fascismo-comunismo" está presente (González y Scherman, 2025). Aunque algunos sostienen que esta polarización opera solo a nivel de élites, el electorado también está validando esas posiciones en las urnas. Una Cámara Baja con una proporción significativa de representantes ubicados en los extremos aumenta —como ya se señaló— la probabilidad de que los debates se conviertan en disputas identitarias antes que en deliberaciones orientadas a políticas públicas efectivas.

La polarización relacional está muy presente en Chile desde la alternancia de 2010. Para distintos sectores de la política nacional no ha resultado fácil absorber los costos de la pérdida del poder en una política muy orientada a cargos, lo que es transversal a todos los sectores. Esto ha generado un ambiente muy tóxico e irresponsable (Saffirio, 2024). Sani destacó hace años que la polarización "de élites" puede terminar aumentando el quantum de polarización programática, política y afectiva también en el electorado (2005, p. 157). Dicha polarización dirigencial se manifiesta en el alza de acusaciones constitucionales —se dispararon en el gobierno de Piñera, incluidas dos contra el Presidente, y en el gobierno actual van 12 o 13, con uso estratégico y táctico, la mayoría abusivo—, en coaliciones que recurren al Tribunal Constitucional contra proyectos de la agenda de su propio Ejecutivo, en intentos expresos de establecer un

"parlamentarismo de facto" en un gobierno presidencial —como los retiros previsionales contra Piñera—, y en transfuguismo descontrolado con más de tres decenas de diputados que han cambiado de bancada y/o de partido en la última legislatura.

En la elección de diputados, la volatilidad descendió del 37,4% al 26,13% entre 2021 y 2025. La caída de la volatilidad electoral podría sugerir un voto más consistente por parte de la ciudadanía, pero esa consistencia no necesariamente implica moderación: más bien parece consolidar la preferencia por alternativas políticas que se presentan como novedosas o disruptivas. Las expectativas de algunos analistas de que, tras las elecciones municipales y regionales, el electorado moderaría su voto no se cumplieron. Por el contrario, se ha reforzado una dinámica que premia la identidad adversarial por sobre la consistencia programática. Por ello, lo que se puede terminar estabilizando es precisamente un SAP.

La diferencia fundamental con Sartori: desinstitucionalización de segundo orden

Sartori en 1976, por razones obvias, teorizó un sistema de atomización sin incorporar la polarización, pues estaba observando sistemas de partidos emergentes, en realidades poscoloniales. Lo que establece expresamente en el libro clásico es que los sistemas de atomización son residuales y transitorios, que tendrían que moverse hacia un sistema de pluralismo numéricamente extremo o limitado, y en ese caso caerían dentro de la tipología como pluralismo polarizado o pluralismo moderado (Sartori, 2009, p. 337).

El sistema de atomización chileno posee una característica singular que lo diferencia de la cartografía de Sartori: no se trata de un sistema de partidos poscolonial que nunca llegó a consolidarse como pluralismo numéricamente limitado o extremo, sino de un sistema previamente institucionalizado —con partidos sólidos, élites experimentadas y tradición democrática estable— que se está desinstitucionalizando desde dentro. Esa desinstitucionalización de segundo orden es cualitativamente distinta y mucho más inquietante que una simple falta de consolidación originaria. Es un proceso en el que la estructura formal del sistema permanece intacta, pero su contenido agregativo y capacidad de respuesta se vacían progresivamente.

El SAP chileno constituye la expresión posmoderna que ratificaría la potencia analítica de la cartografía de Sartori en sistemas de partidos que alguna vez fueron "estructurados" y que ahora se han desinstitucionalizado (Mainwaring y Scully, 1996; Mainwaring y Torcal, 2006; Mainwaring y Zoco, 2007). El SAP no invalida a Sartori, sino que confirma la potencia de su cartografía cuando se lee dinámicamente y se aplica a nuevos contextos históricos. No se trata de dar por superado a Sartori, sino de reconocer algo obvio: la calidad de una obra intelectual no depende de su antigüedad. Es necesario tener la modestia de no dar por superado nada simplemente porque han transcurrido los años (Pasquino, 2005, p. 206).

El SAP es el producto de una doble dinámica centrífuga: entre bloques que, liderados por sus extremos, ya no se reconocen como interlocutores legítimos, y dentro de bloques multipartidarios que, disputándose la hegemonía interna, ya no logran construir coaliciones sólidas ni orientaciones programáticas compartidas. No es la mera coexistencia de muchos partidos, sino la coexistencia de múltiples polarizaciones simultáneas, cruzadas y competitivas. Se trata de un nuevo tipo de sistema de partidos de atomización con baja capacidad de agregación y mínima eficacia decisoria que, a diferencia de sistemas altamente fragmentados pero residuales y transitorios, se configura como estructuralmente polarizado y centrífugo, post desinstitucionalización.

Tabla 1:
Comparación entre pluralismo polarizado y el sistema de atomización polarizado chileno

Dimensión	Pluralismo polarizado	Sistema de atomización polarizado
Fragmentación	En torno a 5-6 partidos relevantes	Sobre 7 partidos con representación parlamentaria
Distancia ideológica	Amplia, pero con actores definidos	Amplia, pero con agrupamiento bajo
Estructura	Polos ideológicos con partidos consolidados	Constelaciones fluidas de partidos medianos y pequeños
Centro político	Debilitado o tensionado, pero existente	Colapsado o inexistente
Coaliciones	Relativamente estables en el tiempo	Inestables, fundamentalmente electorales, en disputa por la hegemonía
Tipo de competencia	Centrífuga. Tripolar	Centrífuga. Atomizada por fragmentación interna de los polos
Partidos antisistema	Existentes	Inexistentes: partidos desafiantes, con retórica anti establishment y/o refundacionales
Disciplina partidaria	Moderada-alta	Muy baja, indisciplina recurrente
Institucionalización (raíces sociales y vínculo con la ciudadanía)	Sólida	Sistema post desinstitucionalización. Crisis de representación prolongada

Fuente: elaboración propia.

Factores estructurales del SAP chileno

En la génesis del SAP se encuentra la desinstitucionalización del sistema de partidos. Además, Chile lleva 13 años con una desaceleración económica muy pronunciada, cayendo de crecimientos del PIB per cápita del 5% al 0,8%, lo que constituye el equivalente funcional a la crisis de los sistemas de partidos europeos producto de la crisis subprime y de las políticas de austeridad que la agravaron (Morlino y Raniolo, 2017). Esto afecta particularmente a sectores populares no pobres frustrados por no haber logrado consolidarse como clases medias, grupos populares precarizados en una inserción laboral inestable, porque no ha habido una continuidad histórica suficiente para que se genere una clase media como la que se conocía en otros momentos históricos.

El deterioro progresivo del vínculo partidos-sociedad y de la confianza institucional resulta dramático. El estallido social, los dos procesos constitucionales fallidos y la prolongada crisis de representación minaron el prestigio de los partidos tradicionales y debilitaron aún más su vínculo con la ciudadanía. La identificación partidaria cayó al 14% durante el estallido y actualmente se sitúa en el 28% según el CEP. La confianza en el Congreso alcanza apenas el 8% en 2025 y en los partidos solo el 4% (2025, N° 95). El

apoyo a la democracia cae según Latinobarómetro. La membresía partidaria —fenómeno global (Mair, 2015, p. 58)— pasó de 800.000 a 510-515 mil militantes, con mayor número de partidos. Durante el estallido se registraron 351 manifestaciones con más de 1.000 participantes. El resultado es un elector iracundo y desconfiado, que tiende a preferir propuestas categóricas —aunque polarizantes— por sobre plataformas basadas en gradualidad, negociación y compromisos.

El clivaje post-materialista —cuando significa olvidarse de los clivajes materialistas— deja de tener sentido para mucha gente que presenta necesidades vitales insatisfechas en materia de seguridad, vivienda, educación y salud. Una agenda dirigida solo a la élite y a los medios de comunicación, de extracción clasista burguesa y culturalmente con la misma orientación, ha potenciado a las derechas radicales (Caramani, 2023, p. 263). El clivaje establishment versus antiestablishment desplaza todo el eje de competencia política porque existe antiestablishment en la izquierda y antiestablishment cada vez más radicalizado en la derecha. Cambios estructurales en la comunicación política premian la diferenciación ideológica extrema, y un ecosistema político de baja calidad recompensa crecientemente el espectáculo y la pureza performativa más que la capacidad de gobernabilidad efectiva (Mazzoleni, 2024).

El sistema electoral permisivo también juega un rol significativo: voto por personas y no por listas cerradas y bloqueadas, permisividad con los pactos, e incorporación de independientes —25 en la última elección de diputados, casi todos ellos asociados a pactos— fortalece el personalismo y la indisciplina.

La polarización imposibilita impulsar políticas públicas prioritarias. Ello aumenta la frustración ciudadana y profundiza la desconfianza generalizada, lo que a su vez abre oportunidades para el surgimiento de nuevos partidos extremistas que prometen mayor autenticidad y provocan aún mayor fragmentación. Como resultado, este círculo vicioso donde la política deja de generar soluciones, la frustración crece y el discurso antipolítico se fortalece. El factor deslegitimador mayor de la retórica antiestablishment de los partidos desafiantes ha sido su impacto en la eficacia percibida del régimen democrático.

Aplicabilidad regional del modelo SAP

Chile no está solo en esta deriva. Si puede ocurrir en Chile, puede ocurrir en cualquier democracia latinoamericana que atraviese una crisis de representación prolongada. Perú ha exhibido una desinstitucionalización partidista aún más extrema, con un Congreso unicameral incapaz de sostener gobiernos. Ello lo acerca al tipo más puro del sistema de atomización de Sartori (2009, p. 337; Bardi y Mair, 2017, p. 247). Ecuador navega la descomposición postcorreísta sin una estructura alternativa clara, aunque por ahora con carácter más bien bipolar. Colombia experimenta su primera izquierda en el poder con bajo apoyo legislativo. Costa Rica, tradicionalmente estable, muestra señales de gran fragmentación. Argentina y Brasil registran el aumento de la polarización. Fuera de la región, Israel con otro tipo de sistema de gobierno requirió varias elecciones en dos años para formar coalición gobernante, e Italia sobrevivió más de un quinquenio mediante coaliciones populistas heterogéneas y gabinetes técnicos. El SAP podría constituir un patrón emergente en democracias que alguna vez tuvieron sistemas de partidos relativamente institucionalizados y que ahora experimentan procesos de desconsolidación en contextos posmodernos. Las condiciones estructurales están a la vista: sectores populares no pobres frustrados por no haber logrado consolidarse como clases medias, crecimiento económico estancado, redes sociales que

premian la diferenciación ideológica extrema, y una política que recompensa el espectáculo y la pureza performativa más que la consistencia y la viabilidad programática.

Escenarios

Según Casal Bértoa y Enyedi, "un sistema de partidos cerrado es condición suficiente para la estabilidad de una democracia. Un sistema de partidos abierto es condición necesaria, no suficiente, para una desestabilización democrática" (2024, p. 351-352). Chile posee un sistema abierto, desinstitucionalizado: todos los partidos relevantes tienen acceso al gobierno, incluyendo los de nueva creación.

No existe "bala de plata" que, actuando directamente sobre la fragmentación o cualquier variable aislada, vaya a eliminar el problema del SAP. La eliminación de los pactos electorales habría reducido en 2021 la fragmentación en aproximadamente 2 puntos —de 11,5 a 9,5—, pero no resuelve el problema de fondo. Los umbrales de representación pueden tener efectos perversos en el contexto polarizado actual. Se necesitan reformas sistémicas que consideren el contexto y la multicausalidad. Las propuestas van desde reformas electorales destinadas a reducir la fragmentación —aumentar umbrales, prohibir pactos electorales o modificar la magnitud de los distritos— hasta la espera confiada de un eventual reencuentro ciudadano con la moderación, impulsado por el desgaste de la confrontación constante. Sin embargo, ninguno de estos caminos es lineal ni está garantizado.

Algunos sostienen que esta diferenciación podría tener un efecto positivo, al transparentar divergencias ideológicas y programáticas antes contenidas. No obstante, la evidencia comparada muestra que los sistemas donde los extremos adquieren capacidad de veto enfrentan dificultades persistentes para sostener coaliciones amplias, estables y eficaces. Más allá de la retórica —a veces bravucona—, las democracias que funcionan mejor son aquellas que cuentan con una centralidad sólida: sistemas capaces de articular mayorías y de impulsar políticas graduales, duraderas y técnicamente viables (Lijphart, 2000).

El peor de los escenarios sería la consolidación definitiva de un SAP con caída de volatilidad, pero donde se reconfirme un alto índice de fragmentación cuantitativo de 9 a 10 partidos. Esto implicaría alta fragmentación con alta polarización, distancia ideológica que aumenta en lugar de disminuir, pérdida de eficacia decisoria, problemas severos de gobernabilidad, incapacidad de formar mayorías estables y necesidad de coaliciones de 7 a 8 partidos con distancias ideológicas significativas y que pugnan por la dirección del bloque (clustering de Wolinetz). La consecuencia sería una democracia estructuralmente impedida de cumplir sus ofertas electorales centrales.

La esperanza moderadora apunta a un eventual reencuentro ciudadano con la centralidad democrática, impulsado por el desgaste de la confrontación constante. Factores que podrían facilitarlo incluyen el agotamiento del discurso antipolítico, demanda ciudadana por políticas públicas efectivas, nuevos liderazgos capaces de construir puentes, y reformas institucionales bien diseñadas.

El riesgo histórico es real. La historia muestra que los países que se alejan durante demasiado tiempo de la convergencia democrática suelen buscar —a veces demasiado tarde— un punto de equilibrio que permita retomar el camino de los acuerdos razonables. En el caso chileno, ese retorno no siempre ha sido pacífico.

El precedente de los años 60-70 muestra lo que puede ocurrir cuando un sistema político pierde la capacidad cooperativa en temas básicos.

Por ahora, solo resulta claro que Chile atraviesa una transformación profunda que interpela las bases de su sistema de partidos. Si esta reconfiguración derivará en un nuevo equilibrio estable o en un ciclo prolongado de conflictividad es algo que aún está por verse. Este cambio puede derivar en un sistema más rígido, menos adaptable y más vulnerable a ciclos pendulares abruptos. La trayectoria futura no dependerá de las cifras de partidos sino de la capacidad de los actores políticos para reconstruir confianza, cooperación y responsabilidad democrática. La diferencia entre avanzar hacia una estabilidad duradera o consolidar un clima de conflicto persistente puede ser mucho más trascendente para el desarrollo democrático de lo que, durante la última década, se ha querido reconocer.

Síntesis de las características del SAP

El SAP representa una configuración potencialmente más problemática que el pluralismo polarizado clásico de Sartori, porque combina las siguientes características: alta fragmentación —aunque en descenso y superior al 16,4% promedio histórico y aún muy alta en términos comparativos (Mainwaring y Su, 2021, tabla 1; Siaroff, 2019; Chiaramonte y Emanuele, 2022)— con dificultades para agregar preferencias; alta polarización en aumento con limitaciones para formar coaliciones; ausencia de centro que imposibilita la mediación, representando el colapso del tradicional amortiguador; presencia de partidos desafiantes fuertes que cuestionan el sistema con una lógica adversarial de autenticidad sobre la gobernabilidad; baja institucionalización del sistema de partidos o desinstitucionalización de segundo orden generando inestabilidad sistémica; sistema abierto que según Casal Bértoa y Enyedi representa riesgo de desestabilización democrática; doble centrifugación inter e intrabloques produciendo atomización dentro de cada polo; competencia bipolar sin oposiciones bilaterales, como un tablero de ajedrez sin coordinación; lógica de pureza sobre eficacia donde el capital simbólico se basa en una presunta autenticidad ideológica y no en gobernabilidad; y un círculo vicioso estructural donde la parálisis decisoria alimenta la desconfianza que nutre el extremismo.

Conclusión

Queda por determinar si Chile consolidará permanentemente este sistema de partidos. La elección de noviembre de 2025 confirma que Chile está transitando hacia una configuración política inédita y potencialmente peligrosa. Los datos describen el punto de partida: un sistema algo menos fragmentado y volátil, pero más polarizado. Lo que está en juego no es simplemente el número de partidos o los índices técnicos de fragmentación. Lo que está en juego es la capacidad misma del sistema democrático chileno para procesar conflictos sin violencia, generar políticas públicas efectivas, mantener la legitimidad institucional, evitar ciclos de radicalización extrema, y preservar la estabilidad democrática.

El SAP no es un concepto abstracto. Es una realidad emergente que describe con precisión la transformación que Chile está experimentando: un sistema que ya no es el pluralismo polarizado clásico, ni el pluralismo extendido de la transición, sino algo cualitativamente distinto y potencialmente más problemático.

El desafío para los actores políticos, los medios, la academia y la ciudadanía consiste en reconocer esta nueva configuración, comprender sus dinámicas específicas, y trabajar activamente para evitar que se consolide como el nuevo equilibrio del sistema político chileno. Porque si se consolida, Chile habrá completado el tránsito desde una democracia de acuerdos hacia una democracia estructuralmente impedida de gobernar.

El concepto de SAP no es solo una categoría analítica nueva. Es una herramienta para comprender un fenómeno político emergente que desafía las tipologías clásicas y que representa uno de los mayores retos para las democracias contemporáneas. El SAP chileno constituye una lectura dinámica de Sartori aplicada a sistemas que se desconsolidan; una expresión posmoderna de las crisis de representación prolongada en democracias con baja capacidad de respuesta; un fenómeno potencialmente replicable en otras democracias latinoamericanas; una advertencia sobre los límites de las soluciones y reformas "técnicas" sin abordaje de las causas estructurales; y un llamado a reconstruir capacidades de agregación, cooperación y gobernabilidad efectiva, que fortalezcan la resiliencia del régimen democrático.

Un sistema de atomización polarizado que se consolida no es simplemente un elemento del sistema político complejo o difícil de gestionar: es un sistema de partidos estructuralmente impedido de responder a las demandas ciudadanas y sostener la legitimidad democrática. Y eso, en la historia chilena y latinoamericana, sabemos que puede terminar muy mal.

Referencias bibliográficas

Bardi, L., & Mair, P. (2017). Los parámetros de los sistemas de partidos. En F. Casal Bértoa & G. Scherlis (Eds.), Partidos, sistemas de partidos y democracia: La obra esencial de Peter Mair (pp. 239–259). EUDEBA.

Bellei, C. (2025). Programas presidenciales 2025: ¿Qué nos dicen sobre el fortalecimiento de la democracia? [Manuscrito no publicado].

Bracher, K. D. (1973). La dictadura alemana: Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo (Vol. 1). Alianza Editorial.

Capoccia, G. (2002). Anti-system parties: A conceptual reassessment. *Journal of Theoretical Politics*, 14(1), 9–35.

Caramani, D. (2023). Party systems. En D. Caramani (Ed.), *Comparative Politics* (pp. 254–276). Oxford University Press.

Casal Bértoa, F., & Enyedi, Z. (2024). Cierre del sistema de partidos. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Centro de Estudios Públicos. (2022). Encuesta nacional de opinión pública N.º 88. Centro de Estudios Públicos.

Centro de Estudios Públicos. (2024). Encuesta nacional de opinión pública N° 91. Centro de Estudios Públicos.

Centro de Estudios Públicos. (2025). Encuesta nacional de opinión pública N° 95. Centro de Estudios Públicos.

Chiaramonte, A., & Emanuele, V. (2022). The deinstitutionalization of Western European party systems. Palgrave Macmillan.

Dahl, R. A. (1981). La oposición política en las democracias occidentales. En J. Blondel et al., *El gobierno: Estudios comparados* (pp. 278–281). Alianza Universidad.

González, R., & Scherman, T. (2025). Informe de resultados: Comparative National Elections Project 2025 (pre-electoral) [Informe técnico]. LEAS, Universidad Adolfo Ibáñez.

Lijphart, A. (1987). *Las democracias contemporáneas*. Ariel.

Lijphart, A. (1988). *Democracias en sociedades plurales: Una investigación comparativa*. Ediciones Prisma.

Lijphart, A. (2000). *Modelos de democracia: Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*. Ariel.

Mainwaring, S., & Scully, T. (1996). Introducción: Sistemas de partidos en América Latina. En S. Mainwaring & T. Scully (Eds.), *La construcción de instituciones democráticas: Sistemas de partidos en América Latina* (pp. 1–28). CIEPLAN.

Mainwaring, S., & Torcal, M. (2006). La institucionalización de los sistemas de partidos en América Latina después de la tercera ola democratizadora. *América Latina Hoy*, 41, 141–174.

Mainwaring, S., & Zoco, E. (2007). Secuencias políticas y estabilización de la competencia partidista: Volatilidad electoral en viejas y nuevas democracias. *América Latina Hoy*, 51, 15–46.

Mainwaring, S., & Su, Y.-P. (2021). Electoral volatility in Latin America, 1932–2018. *Studies in Comparative International Development*, 56(3), 271–296.

Mair, P. (2015). *Gobernando el vacío: La banalización de la democracia occidental*. Alianza Editorial.

Martínez, C. (2025, 14 de septiembre). Inclinaciones ideológicas y emociones de los programas presidenciales. *El Mostrador*.

Mazzoleni, G. (Ed.). (2024). *Introducción a la comunicación política*. Alianza Editorial.

Morlino, L., & Raniolo, F. (2017). *The impact of the economic crisis on South European democracies*. Palgrave Macmillan.

Pasquino, G. (2005). La teoria dei sistemi di partito. En G. Pasquino (Ed.), *La scienza politica di Giovanni Sartori* (pp. 171–211). Il Mulino.

Pasquino, G. (2011). Partidos y sistemas partidistas. En G. Pasquino, *Nuevo curso de ciencia política* (pp. 165–194). Fondo de Cultura Económica.

Saffirio, E. (2024). Reforma política, fragmentación, polarización partidista y calidad de la política. *Aula Virtual*, 5(12) (pp. 1632–1649).

Sani, G. (2005). La polarizzazione revisitata. En G. Pasquino (Ed.), *La scienza politica di Giovanni Sartori* (pp. 153–170). Il Mulino.

Sartori, G. (2009). *Partidos y sistemas de partidos*. Alianza Editorial.

Siaroff, A. (2019). *Comparative European party systems: An analysis of parliamentary elections since 1945* (2.ª ed.). Routledge.

Ullrich, V. (2025). *El fracaso de la República de Weimar*. Taurus.

Von Beyme, K. (1986). *Los partidos políticos en las democracias occidentales*. Centro de Estudios Sociológicos.

Von Beyme, K. (1991). Sistemas pluralistas de partidos. En V. Bogdanor (Ed.), Enciclopedia de las instituciones políticas (pp. 686–690). Alianza Editorial.

Wolinetz, S. (2004, junio). Classifying party systems: Where have all the typologies gone? [Ponencia]. Reunión anual de la Canadian Political Science Association, Winnipeg, Manitoba, Canadá.

Wolinetz, S. (2006). Party systems and party system types. En R. Katz & W. Crotty (Eds.), Handbook of Party Politics (pp. 49–62). Sage.

Zulianello, M. (2019a). Anti-system parties: From parliamentary breakthrough to government. Routledge.

Zulianello, M. (2019b). What is an anti-system party? Some clarifications. *Contemporary Italian Politics*, 11(2), 1–3.